Consulta médica
Autor: Manolo Campa

Soy de aquellos hombres que iban al médico sólo cuando estaban enfermos. Ahora, de acuerdo con la nueva medicina preventiva, lo visito por lo menos una vez al año sintiéndome bien y salgo de la consulta preocupado hacia el bufete del abogado para hacer testamento y de ahí sigo a las oficinas del cementerio para comprar mi sepultura.

Sintiéndome como un roble, el galeno me informa que padezco de un mal que llaman "el asesino silente": tengo la presión arterial llegando a los bordes donde se puede considerar "alta". Me entrega una hoja con un plan de alimentación parecido al que siguen esas modelos que parecen esqueletos exhibiendo trapos multicolores. En esa hoja lo que sabe bien está prohibido: el chocolate, los helados, el queso crema y los cascos de guayaba, la natilla, el flan, el arroz con leche. Estoy pasando más hambre que un piojo en una peluca.

Se me da la opción de escoger entre dos medicinas, una barata pasada de moda y otra acabada de salir al mercado a un precio tan alto que me ayudará a seguir la dieta porque no me alcanzará la pensión de jubilado para comprar víveres. Por poco dinero puedo adquirir un diurético que aumentándome la micción me bajará la presión. La otra, si no muero de un patatús cuando me entere del precio, puede que me sirva para combatir el mal de las arterias pero sus efectos secundarios me ayudarán a morir del hígado, los riñones, el páncreas, etcétera.

Detesto la consulta del médico. Cuando llego y lleno la planilla donde escribo mi nombre en letra de molde, la hora de llegada, la hora de mi turno (dato innecesario, nunca me ha visto un médico a la hora de mi cita), me asombra ver que otros tres pacientes tienen cita a la misma hora que yo… ¿Nos consultará a los cuatro al mismo tiempo… cómo lo hará? Estos milagros de la medicina moderna hay que agradecérselos a los "ache eme os" inventores de los infames "referidos" y los menús de médicos (lista de facultativos bajo contrato).

La última vez que fui al reconocimiento anual, en la sala de espera, unas señoras que cotorreaban en voz alta, tenían parientes en Cuba. A mi lado, leyendo un tabloide de los que regalan en los "groceries", un señor no podía ocultar su enfado. Cuando las damas cubanas mencionaban los títulos "revolucionarios" de los trabajos que desempeñaban en la Isla de Fidel sus parientes, él traducía los mismos a sus nombres conocidos.

La mayor de aquellas conversadoras de consulta médica, tenía dos nietos. Alzando la voz para que todos escucháramos, dijo que el mayor de los muchachos era "Ingeniero agrónomo de espacio reducido"… el señor tradujo: Es jardinero. La abuela sin inmutarse se refirió al otro nieto: "Yuliesis es Auxiliar de Servicios de Ingeniería Civil"… El traductor dijo: peón de obra

Otra dejó saber que el hijo era “Abastecedor Logístico en Lugares de Alta Concentración”… El traductor dijo: Vendedor de cerveza en el estadio de pelota. La más joven, vestida de blanco, también ufana, dijo que su único hijo residente en Centro Habana era: “Consultor de Asuntos Generales y No Específicos”… El traductor aclaró: Es brujo, adivino, cartomántico.

EN SERIO:

Soy cubano. Aunque he vivido más años fuera de Cuba que los que viví allí, son muchos los momentos en que pienso en ella. Un cielo azul, la brisa mañanera y el mar cristalino, me transportan a mi pasado caminando por un trillo en el valle de Campo Florido o por las arenas de la Playa de Guanabo.

Quiero verla libre, próspera, feliz… diferente a la que hoy tanto sufre: ¡Una Cuba nueva! La describiré utilizando párrafos de un escrito formidable de Monseñor Agustín A. Román: “Una Cuba nueva será el fruto de corazones nuevos. Emprender la tarea de la construcción de esa patria nueva, es, en primer lugar, la búsqueda de hombres con corazones nuevos.”

“No el falso ‘hombre nuevo’ que propone el marxismo, privado de su dimensión trascendente, fracasado interna y externamente, vacío, más que hambriento, en medio de la frustración de una utopía social, ofrecida como pobre alternativa a la real esperanza que supera tiempo y espacio.”

“Tampoco el hombre falsamente autosuficiente de las sociedades de consumo, que ignora las necesidades del espíritu y se reduce a instrumento o usufructuario ciego del placer o del poder como única dimensión de la existencia. Hombre también vacío e insatisfecho, cuyo triste fracaso contemplamos a diario en una falsedad de vida que hace una meta angustiosa del poseerlo todo y en realidad no da nada, porque lo que da no satisface al hombre, que se sentirá incompleto siempre que desconozca a Dios.”

“Una Cuba nueva, si se le quiere feliz, ha de partir del amor. Así el hombre descubre la dignidad del otro, única fuente capaz de dar fundamento a la igualdad, la justicia y la paz necesarias para la autorrealización de cada uno.” +